

« Los Socialistas  
no mueren.  
Se olvidan! »

Pablo IGLESIAS

# EL SOCIALISTA

23 de Marzo de 1946

ORGANO del P. S. O. E. y portavoz de la U. G. T.



Numero 5.302

Suplemento al numero 5.302 de "EL SOCIALISTA"

« YUNQUES, SONAD - ENMUDECED, CAMPANAS »

## Francisco Largo Caballero HA MUERTO

Largo Caballero ha muerto.

Su agonía ha sido lenta y penosa. La ciencia y el afecto no pudieron prolongarle la vida ni un día más. Mientras hubo una posibilidad de salvarlo, a esa posibilidad se agarraron las eminencias médicas para dilatar la vida de nuestro compañero, convencidos como estaban de que su existencia no sólo era preciosa, sino necesaria para el proletariado español y para toda España. Por eso apelaron a todos los recursos imaginables. Hubo que extirparle el riñón derecho, y se lo extirparon. Hubo que cortar la pierna derecha, por la rodilla, cuando se le declaró la gangrena, y se la cortaron. Y si más intervenciones quirúrgicas hubiesen sido necesarias para intentar salvar su vida, más intervenciones se hubiesen hecho, con tal de conservar su cabeza, su inteligencia. Todo ha sido inútil. Nuestro compañero lo ha sufrido todo con aquella entereza ante la adversidad de la que él, y sólo él, conservaba el secreto. Caballero quería vivir. Caballero se agarraba a la vida con aquella fuerza de voluntad que solía poner en todas las empresas que emprendía. También sabía Caballero, como los médicos, que su acción en España no había terminado todavía.

El proletariado español ha perdido al hombre más representativo de su clase. El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores han perdido al militante ejemplar que durante más de cincuenta años, sin claudicaciones ni veleidades, se consagró al engrandecimiento de sus organizaciones. Y España, esa España que ha llevado siempre clavada en su corazón y cuya visión, ahora, con el exilio y con la perspectiva de un pronto retorno, se le había exacerbado, ha perdido a una de sus más excelsas figuras. Caballero entra de lleno en la Historia. Y la Historia lo recordará como uno de esos hombres formados por sí mismos, tallados por la hostilidad de una burguesía cerril, forjados en la lucha de todos los días... Hombre incorruptible, de una probidad intelectual insuperable, de una honradez inmaculada...

Caballero era hombre de Partido y de Sindicato; pero su personalidad excedía de los límites de las organizaciones en que militó. La cantidad de mensajes, cartas y telegramas que venimos recibiendo de todos los continentes, revela cuán grande era su personalidad y cuán arraigada estaba en el corazón de las gentes.



Caballero ha muerto. El calor de nuestra emigración se enriquece con una víctima más. Su cuerpo quedará aquí, en esta tierra hospitalaria de Francia, que tanto amó y en la que tantas vejaciones hubo de sufrir. Su cuerpo quedará aquí por poco tiempo. Se lo confiamos a nuestros camaradas franceses hasta que llegue la hora de llevárnoslo a España, para que pueda reposar lo más cerca posible de la tumba de aquel gran maestro suyo y de todos nosotros que fué Pablo Iglesias.

Porque su sitio es ese: junto a Pablo Iglesias. A su lado creció política y sindicalmente. A su lado aprendió las esencias de nuestras doctrinas. A su lado libró las primeras batallas. Y el recuerdo de su ejemplar conducta iluminó su actuación a lo largo de su magnífica vida. Y cuando murió el maestro, Caballero fué quien mejor supo continuar la gloriosa tradición de Iglesias.

Caballero ha muerto. Ha muerto cuando más necesitaba vivir. Cuando más lo necesitábamos. Cuando más lo necesitaba España. En estas horas dramáticas en que nuestras Organizaciones adquieren la máxima responsabilidad ante la Historia. En estas horas en que el drama español anuncia su desenlace, la voz de Caballero, el consejo de Caballero, la acción de Caballero era más que necesaria: era imprescindible. Y si eso decimos de hoy, que no diremos de mañana. Mañana, cuando haya que reorganizar España, cuando haya que afrontar los terribles problemas que el fin de la tiranía franquista y la liberación de nuestro país nos planteen. Caballero nos faltará. Caballero faltará al proletariado. Caballero faltará a España.

Caballero ha muerto. Nos lo tenemos que decir una y mil veces para convencernos de que es verdad. Caballero ha muerto, pero su memoria, sus consejos, sus enseñanzas vivirán eternamente en nosotros. Su ejemplo será nuestro mejor guía. El patrimonio moral que nos lega, nuestra mejor herencia. Con esa herencia y con ese ejemplo, continuaremos nuestro trabajo. El mejor duelo que podemos hacerle, que queremos hacerle, que le haremos, no es un duelo de lágrimas, sino de labores y esperanzas. Per eso terminamos estas líneas, escritas de prisa y corriendo, y bajo la pesadumbre inmensa de tan desgarradora noticia, con las palabras del poeta:

Yunques, sonad.

Enmudeced, campanas.

# El curso de la enfermedad

Nuestro entrañable amigo Francisco Largo Caballero cayó enfermo hace algunas semanas atacado de un cólico nefrítico; después de varias consultas médicas y en vista de la gravedad de su estado, se dictaminó la necesidad, para salvar su preciosa vida de una delicada intervención quirúrgica que hubo de ser realizada con toda urgencia.

Instalado en la clínica Lyautey, se procedió el día 9 del actual, por los mejores especialistas de París, los profesores Lariche y Couteneau, a la extirpación del riñón derecho. La privilegiada naturaleza y vigorosa complejidad de nuestro amigo, resistieron a tan delicada operación a pesar de sus 76 años. La intervención fué realizada con gran pericia por tan eminentes cirujanos; pero, poco más de 24 horas después, una intensa crisis de úrea, que llegó a 90, dió lugar a una manifestación gangrenosa en el pie izquierdo.

La complicación de referencia determinó un estado de gravedad desesperado del enfermo, en virtud de lo cual la consulta celebrada por los facultativos con vino en la necesidad de amputarle la pierna izquierda, agotando hasta las más remotas posibilidades cuanto pudiera contribuir a resolver la terrible crisis presentada. En efecto, la delicada intervención que hubo de llevarse a cabo cinco días después de la extirpación del riñón a que nos hemos referido fué realizada felizmente el día 14 de febrero último.

A partir de ese día puede decirse que nuestro querido compañero ha estado luchando entre la vida y la muerte. No se regalaron medios para salvarle. Los profesores citados y sus ayudantes pusieron en ello especial empeño y gran solicitud, atendiendo con excepcional interés, día y noche, a nuestro querido amigo, a quien incluso fué aplicado un energético tratamiento a base de penicilina.

Todo fué inútil, desgraciadamente. Los cuantiosos recursos de la Ciencia agotados no fueron capaces de evitar un fatal desenlace que nos arrebató la recta personalidad del ex presidente de nuestro Partido y secretario general de la Unión en momentos en que tanta falta nos hacía.

El jefe del Gobierno de la República Española, Dr. Giral, y varios de los ministros de su Gabinete, visitaron durante su enfermedad a Francisco Largo Caballero, a quien además expresaron el testimonio de su simpatía infinidad de destacadas personalidades francesas y correligionarios del S. F. I. O.

Su hija Carmen, dando muestras de una entereza excepcional, no se separó un solo momento de su cabecera. Los miembros de las Comisiones Ejecutivas de la Unión, Juventudes y Partido, tan pronto como el estado de gravedad hizo temer lo irreparable, se trasladaron todos a París y allí permanecieron acongojados por las alternativas dramáticas del proceso de la enfermedad, impotentes para influir en su curso. Una delegación de las Comisiones Ejecutivas ha tenido el triste privilegio de recoger hasta el último aliento de su vida.

La noticia del fallecimiento de Largo Caballero transmitida por telegrama a través del mundo entero, ha producido

una viva emoción en los medios políticos internacionales y en el seno de las organizaciones obreras. Infinidad de telegramas comienzan a llegar de diversos puntos de Europa, África y América. Señalamos entre otros, los que llenos de sentida emoción han enviado el presidente interino de nuestra República señor Martínez Barrio, y nuestros compañeros Araquistain, Prieto, Carrillo, etc.

Numerosos diputados residentes en Méjico, así como las organizaciones de América del Partido, de la Unión y de las Juventudes, han enviado sus telegramas redactados en términos de profundo dolor.

De diversos puntos de Francia, nutridos grupos de militantes socialistas y de obreros pertenecientes a diversas entidades amigas han llegado a París con el deseo vehemente de rendir su último homenaje a Francisco Largo Caballero.

A la hora de redactar estas líneas no podemos precisar aún la fecha en que habrá de verificarse el entierro, que ha de ser una manifestación imponente de duelo de la clase trabajadora española, que pierde con el fallecimiento de nuestro amigo el más fiel defensor de sus intereses de clase.

## AGONIA

*El más rico patrimonio moral del siglo está entre las manos del Socialismo y del Pueblo español. Dos almas gigantes lo han amasado: Pablo Iglesias y Francisco Largo Caballero. Nuestro Maestro vive en nosotros desde hace veinte años. Francisco Largo Caballero agoniza en el momento que trazo estas líneas. No tengo por qué ocultar que corro más lágrimas con más diligencia que mi pluma. Ver cómo se nos va cuando apenas lo habíamos milagrosamente recuperado, es rudo golpe. Rudeza que convolverá hasta la entraña de España. Nuestra pobre España, que pierde su mejor paladín en su más crítico momento. Cómo no ha de conmovernos a nosotros! Nosotros sus discípulos, nosotros los socialistas españoles. No tardará, por tremenda desgracia, a que las dos almas más enterizas y puras vivan en nosotros, en todos nosotros.*

*Cuando un espadón hacia jirones de la dignidad hispánica, murió el Maestro. Mientras otro espadón deshonra y sangra a España, se nos va el otro. Nos quedan las enseñanzas de ambos y, sobre todo, el ejemplo. Buen patrimonio. Grave responsabilidad. Hemos de aumentarlo y mejorarlo, si es posible. No cae en nuestros brazos para dilapidarlo. Es probable que el espinoso y rudo camino que nos aguarda haga, en ocasiones, vacilar nuestro ánimo, ablandar nuestra decisión, indeciso nuestro andar...*

*El alma de los dos gigantes —del ya ido y del que agoniza—, incorporada al alma de nuestro proletariado eminente hacia el Ideal, refrescará y vigorizará las mentes, endurecerá nuestro ánimo y hará rítmico, seguro y fuerte nuestro caminar.*

*Mucho y muy agudo es nuestro dolor, pero no tenemos miedo. Miramos hacia adelante, y las lágrimas no nos desfiguran la perspectiva. El llorar*

# Largo Caballero llegó a París hace siete meses procedente de los campos de deportación de la Alemania nazi

Reproducimos hoy el interesante artículo de nuestro compañero Rodolfo Llopis, publicado en estas mismas columnas con motivo de la liberación de Largo Caballero:

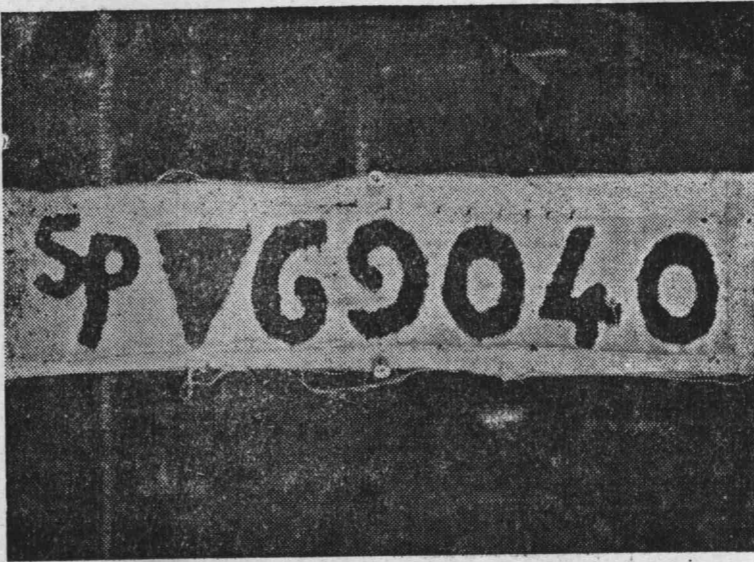
¡Aún vuelve a estar entre nosotros! La terrible pesadilla que durante años nos atormentó, ha desaparecido. Más de una vez temimos que su alejamiento fuese definitivo. Nuestra voluntad, es cierto, se resistía a creerlo; pero nuestra razón nos hacía pensar en lo irremediable y en lo irreparable.

Todo conspiraba en ese sentido. Todo: su avanzada edad, las enormes privaciones sufridas, los horrores de los campos de concentración alemanes, la salvaje crueldad de los nazis... Pero está visto que los hombres no mueren, sino que se suicidan. ¡Y que solo se suicidan cuando se han convencido de que ya no tienen nada que hacer en esta vida!

El caso es que aquí lo tenemos de nuevo. Y que lo tenemos como no esperábamos encontrarlo. Un poco más delgado que antes —¡al lado de los quilos que llegó a perder...!—, más afinados los rasgos; pero con la misma vivacidad de siempre. El metal de su mirada—donde concentra toda su vida—es el mismo de

siempre. Su agilidad mental, es la misma de siempre. Y su temple moral, es el mismo de siempre.

Viene más expansivo que nunca. Más hablador que nunca. Más comunicativo que nunca. Habla y habla sin parar. ¡Ha estado tanto tiempo silencioso, hablando a solas consigo mismo...! El monólogo ininterrumpido que ha vivido durante años, lo vierte ahora, a raudales, en la conversación, conversación que tiene más de monólogo que de diálogo.



Para los alemanes este número era Largo Caballero

logó. Analiza las cosas, analiza los hechos, analiza las personas, con aquel método marxista que fué su pasión de siempre.

\*\*\*

Mientras Largo Caballero nos habla—arrellanado en su butaca, vistiendo todavía la indumentaria que le proporcionaron sus libertadores, los polacos, y con la que sustituyó los andrajos de un preso político— que mal cubrían su cuerpo—en sus manos tiene una tira de tela donde hay pintado un triángulo ro-

jo. El color de los presos políticos era rojo. Quienes llevaban el triángulo invertido, podían, algún día, recobrar la libertad. Si el triángulo no estaba invertido, ya sabían que en el campo tenían que morir... Durante dos años y medio, Largo Caballero no ha sido una persona: ha sido un número, un número: 69.040.

Al mismo tiempo que nos habla Caballero, yo evoco mentalmente el calvario que ha sufrido este hombre en la emigración. Calvario que nadie se explica co-

mo ha podido resistirlo. Recuerdo perfectamente la mañana de aquel domingo 16 de junio de 1940 en que, en plena «debacle» de la «drôle de guerre», obligado a evacuar París, vino con su familia a refugiarse en mi casa de Albi. Unas autoridades indignas lo expulsaron de mi casa tres días después, conminándolo a residir a más de 25 kilómetros de dicha ciudad. Se instaló en un pueblecito del mismo Departamento, en Trebas. No por mucho tiempo. Apenas se firmó el armisticio, dos gendarmes, el 14 de agosto, se le llevaron a un pueblo perdido de la Lozère, a Chambon le Château. Pocos meses más tarde, en la madrugada del 30 de noviembre, unos gendarmes groseros, cumpliendo órdenes de un Prefecto imbécil, arrancaban de la cama a Caballero, sin respeto para su edad, sin respeto a su rango político y sin consideración a su estado físico, ya que acababa de fracturarse la clavícula izquierda. Después de tenerlo incomunicado más de tres meses, el 4 de enero lo desterraron a Crocq, en la Creuse, con órdenes severísimas para que no hablara con nadie. Tres meses después permitieron a su familia poder reunirse con él.

Cuando más tranquilo vivía en medio de aquella soledad, creyendo que nadie se acordaría de él, lo encarcelaron en la prisión de Limoges para responder de la demanda de extradición que había formulado el criminal Franco. Un mes pasó en aquella cárcel. No se concedió la extradición, pero tampoco consiguió la libertad. De la cárcel de Limoges lo llevaron a otra prisión, prisión dorada, es verdad, pero prisión al fin. Lo encerraron en Vals-les-Bains, en la Ardèche, donde se encontró con

es de hombres. Hombres que lloran lágrimas viriles ante la lucha contra la Muerte del más viril de entre nosotros. Caballero no ha cedido nunca, no ha claudicado nunca. Ahora tampoco. Muere luchando. Solo. Y no le podemos ayudar. Le miramos, nos mira. Su mirada se va velando. Y no le podemos ayudar. Se nos muere... Pero tenemos que caminar!...

## Sus últimas cuartillas para "El Socialista"

El más grande y sentido homenaje que puede dedicarse a la memoria del Maestro de todos, Pablo Iglesias, es ser buen socialista.

El buen socialista abraza y defiende sus ideales no sólo por sentimiento y espíritu de protesta contra las injusticias sociales, sino por reflexión y convencimiento profundo, lo que vigoriza su espíritu de abnegación y sacrificio para soportar, estoiicamente, los atropellos e injusticias del régimen actual; y fortalece su voluntad, a fin de hacer frente y vencer las innumerables dificultades y obstáculos que le salen al paso en la lucha política de todos los días.

El buen socialista comprende que la gran transformación social a que aspira no puede realizarse súbitamente, por un golpe de mano, sino por etapas, por evolución progresiva, y que su deber es impulsar esa evolución con perseverancia e inteligentemente, y apresurar el momento de su completa emancipación.

El buen socialista no propugna la violencia como sistema; prefiere la actuación legal, pacífica, pero al mismo tiempo sabe debe estar siempre dispuesto a luchar contra el fascismo, cualesquiera que sean sus manifestaciones o color, y sacrificar, si es necesario, su libertad y su vida, hasta vencerle.

El buen socialista es amante de la verdad, y jamás la desfigura para ocultar sus errores; los reconoce, los declara y los rectifica.

El buen socialista es enemigo de la chismografía política, de las cabaladas, de las intrigas y de la política de campanario; dentro de su Partido o Sindicato, y fuera de ellos, prefiere la lealtad, la discusión pública y cordial.

El buen socialista no se envanece con los cargos que desempeña, por muy elevados que sean, ni menosprecia al compañero modesto; al contrario, le aprecia y respeta.

El buen socialista no habla ni escribe para halagar a la clase obrera, sino para convencerla, exponiéndole la verdad, aunque no le guste.

El buen socialista no es vanidoso, sino consecuente, porque antes de realizar sus actos los medita y los reflexiona.

El buen socialista no es infalible, se equivoca como todos los hombres; pero reconoce su error y lo rectifica sin sufrir mortificación alguna en su amor propio.

El buen socialista tiene noción exacta del cumplimiento del deber en el Partido, Sindicato, taller, obra u oficina.

El buen socialista es enemigo de la guerra, porque ésta destruye la civilización, realiza la selección al revés y es el agente más eficaz de la degeneración de la Humanidad.

El buen socialista respeta y admira a los correligionarios que, por sus condiciones excepcionales, se distinguen en la defensa de los intereses de la clase obrera; pero no se suma a ninguna bandería ni hipótesis u opinión, sino que examina, analiza los problemas y resuelve con absoluta independencia de criterio.

El buen socialista no es un fanático que se aferra al todo o nada; tiene flexibilidad mental y de espíritu para adaptarse a las imposiciones de la realidad, siempre en favor de los trabajadores y de su país, sin claudicar por ello de los principios socialistas.

El buen socialista es respetuoso y tolerante con el criterio ajeno, y evita las intemperancias que puedan hacerle antipático a él y al Partido donde está afiliado.

El buen socialista no es vengativo, sino justiciero.

El buen socialista observa, en todo momento, una conducta moral en su vida privada o pública en armonía con las ideas que profesa, y da prestigio a su persona y a su Partido.

El buen socialista sabe diferenciar los fines que persigue el Socialismo y otras comuniones políticas, filosóficas o religiosas, y tiene el convencimiento de que aquél es el llamado a realizar la transformación del régimen capitalista en otro de verdadera democracia económica-social y que sin ésta no es posible la democracia política.

El buen socialista no defiende sus ideas a base de injurias, calumnias ni ofensas personales contra el adversario político; es comprensivo y tolerante con las ideas ajenas, sean políticas, económicas, filosóficas o religiosas, y observa con él las relaciones correctas, sin debilitar ni ceder, por ello, en sus convicciones.

Estoy seguro que si Pablo Iglesias viviera consideraría como discípulos predilectos a todos los afiliados que practicasen las máximas indicadas, y se consideraría dichoso por haber dedicado toda su vida a la educación de la clase trabajadora.

Jouhaux y no pocos políticos franceses. Cuando se cansaron de tenerlo en Vals-les-Bains, lo confinaron en Nyons, en la Drome, donde le prohibieron igualmente hablar con quien no fue su familia.

En Nyons vivía tranquilo, esperando el fin de las hostilidades. Tampoco duró mucho su tranquilidad. El 20 de febrero de 1943 se lo llevó la Gestapo, sepultándolo en el campo de Oranienburgo, cerca de Berlín. Allí ha permanecido hasta el 24 de abril de 1945, en que las tropas polacas lo libertaron.

¡Qué decir de esos dos años y medio pasados en ese campo de la muerte! Todas las vejaciones que se pueden sufrir en esta vida, las ha padecido Caballero. Todas las crueldades de que son capaces los sádicos nazis, las ha tenido que presenciar Caballero: desde ver morir de hambre, hasta ver cómo ahorcaban a los hombres, pasando por los asesinatos en las cámaras de gases y por el linchamiento de judíos. Todas.

Liberado por las tropas polacas, en las que había muchos socialistas, quienes, al reconocerlo, lo trataron con respetuoso cariño y lo instalaron confortablemente en los alrededores de Berlín. Relevadas las fuerzas polacas por tropas rusas, Caballero continuó en Alemania, en Berlín y en Potsdam, hasta el 15 de septiembre, en que, en un avión soviético que venía a París, lo embarcaron. ¡Allí termina su odisea!

La liberación de Caballero ha sido uno de los episodios más emocionantes de nuestro exilio. Toda la emigración española, la clase obrera sobre todo, y muy especialmente los socialistas, han experimentado una gran alegría con su resurrección. El recibimiento que se le ha dispensado, las visitas que recibe, los testimonios que le llegan de todo el mundo, son el mejor exponente de esa alegría. A saludarlo hemos acudido, emocionados, sus compañeros de siempre; a saludarlo han acudido, llenos de respeto, personas y entidades españolas y extranjeras, venidas de diferentes horizontes políticos, sociales y filosóficos; a saludarlo han acudido también los fariseos que ayer lo calumniaron, combatieron y crucificaron. Si la visita de esos fariseos responde a un acto de contricción, lo celebramos; si, por el contrario, responde a deseo de enturbiar las aguas y provocar la confusión entre la clase trabajadora, lo lamentamos. Y, además, se equivocan. Los trabajadores tienen ya suficiente mente formada su conciencia para no dejarse aludir con el bulle.

En cuanto a Caballero, nada hay que temer. Aunque viene de la noche oscura del campo de concentración, sabe ponerse en contacto con la claridad del día sin deslumbrarse. Su experiencia le pone a cubierto de toda vacilación. Ha conocido las calumnias más viles y los elogios más ditirámicos. Ha conocido los halagos ruidosos de las muchedumbres enfervorizadas y la soledad casi absoluta. Todas las experiencias le son familiares. Y en todo momento ha sido siempre él mismo. Caballero es todo un carácter. Por eso ha sido, es y seguirá siendo el símbolo del proletariado español.

Cierto que su personalidad trasciende de los límites del Partido y de la Unión; pero conservando siempre la fisonomía que le dieron el Partido y la Unión. Se equivocan los que esperan otra cosa de él. Caballero es hombre de Partido y de Sindicato. Después de haber militado más de cincuenta y cinco años en la Unión General; después de haber vivido la tragedia de España, la catástrofe de Francia y el calvario de Alemania, se siente más socialista y más ugelista que nunca. Por eso, su primer acto, al llegar, liberado, a París ha sido pedir el alta en nuestro Partido y en nuestra Unión General.

Y después de haber reflexionado en las largas horas que su destierro, primero, y sus prisiones, después, le depararon acerca de los problemas internacionales y acerca del porvenir de España, a la luz de la experiencia española y de la experiencia de la guerra mundial, Caballero se siente hoy más socialista que nunca de la misión histórica del proletariado.